
«EL MODERNISMO»

Marcel Légaut (1)*

Monsieur Portal no era un especialista en sentido estricto pero, por sus múltiples relaciones y por su propia vida espiritual, estaba al corriente de todos los problemas que se planteaban con vivacidad en la época del modernismo, y nos abría los ojos a nosotros, los “normaliens”, al respecto. M. Portal había fundado dos revistas que naufragaron durante la tempestad que supuso la reacción antimodernista. A través de ellas fue como se relacionó con muchos de los buscadores religiosos de su tiempo. No puedo decirle mucho más pues era extremadamente discreto en todo esto. Yo era muy joven entonces, pero hoy puedo fácilmente imaginar que, en su fuero interno, M. Portal pensaba mucho más de lo que dejaba entrever... (2)

M. Portal se negaba a considerarse filósofo aunque estaba muy vinculado a Édouard Le Roy –amistad que se le reprochaba. Varias veces me aseguró que se sentía profundamente de acuerdo con la forma como Le Roy vivía su cristianismo (3). Lo mismo que con Loisy, cuyas tesis me decía no compartir aunque las utilizaba con frecuencia en sus sermones. Le gustaba particularmente su interpretación espiritual del Cuarto Evangelio.

Un día en que, con mi candor juvenil, le pregunté: “¿Qué es el modernismo?”, me dio una respuesta sibilina que aún recuerdo como si me la hubiera dicho ayer mismo: “Han ido demasiado deprisa pero están en la buena dirección”. Si me hubiese dicho más en aquel momento, me habría sorprendido e incluso escandalizado... Mi mentalidad de entonces era muy cuadrículada, y mi piedad, pueril y devocional (4).

* Ver notas al final del texto.

Ciertamente, en una conversación con otros sacerdotes, que sorprendimos un día que llegamos temprano a nuestra reunión en la calle de Grenelle, le oí afirmar: “Loisy nos ha engañado”. Se refería a las colaboraciones de Loisy en sus dos revistas. Pero también soy escéptico en esto. En aquel tiempo y en aquel tipo de conversaciones, sobre todo entre eclesiásticos, se decía lo que había que decir por prudencia, y también, a lo mejor, por escrúpulo, e incluso para evitar delaciones y justificarse...

En la época de la crisis modernista, se destruyó, se condenó al silencio, se llegó incluso a vigilar la correspondencia privada, se expulsó del estamento sacerdotal y se excomulgó a muchos de los que, en vez de repetir machaconamente la enseñanza clásica, ahogada en una teología tomista esclerotizada o muy poco renovada, se esforzaban por pensar con integridad intelectual los temas religiosos a la luz de los conocimientos de la época (°).

Hacía siglos que los no-creyentes criticaban la enseñanza de la Iglesia, y no los de menor talla a la vista de su capacidad y de su autoridad. Pero sólo hace un siglo que al menos un número reducido de creyentes, de talla intelectual, comenzó a esforzarse por dar razón, sin subterfugios, tanto de la legitimidad de su fe frente a las exigencias de la ciencia como de la forma de vivirla personalmente.

¡Parece mentira que ellos fueran los primeros –salvo algunas honrosas excepciones del pasado– en dar paso a una nueva época al dedicarse a esta tarea esencial! Antes, los fieles aceptaban, piadosa y ciegamente, los dogmas enseñados por la Iglesia. Más que vivir de las creencias se revestían de ellas, y se abandonaban a una credulidad y a una docilidad muchas veces reforzadas por una indiferencia más o menos inconsciente. No establecían ninguna relación entre sus creencias y su forma de pensar y de razonar en el resto de los ámbitos de su vida. Únicamente relacionaban sus creencias con su comportamiento moral y con su práctica religiosa.

Es cierto que hubo precursores antes, pero fueron gente excepcional, a la que se marginó enseguida y que, por eso, no tuvieron

discípulos directos. En mi tiempo, sólo se les nombraba, y muy raramente además, y sólo para censurarlos. El movimiento modernista tuvo, en cambio, una base más amplia, sobre todo por el eco considerable que suscitaba entre los jóvenes, particularmente entre los seminaristas ⁽⁶⁾.

Si el modernismo no hubiera sido reprimido como lo fue, habríamos conocido un período particularmente floreciente a partir de él. Se hubiera iniciado un porvenir nuevo para la Iglesia. No todo habrían sido aciertos, evidentemente, pero, a la larga, el mismo movimiento hubiera reconducido por sí mismo sus propios desarrollos. *¿Acaso no hay que creer en el Espíritu Santo, en su acción paciente de purificación, de rectificación en el interior de los hombres justos?* La Autoridad, en cambio, confió más en las virtudes de la acción policial. Esta acción se inspiró –ni siquiera trataba de disimularlo– en un espíritu ciegamente conservador y de ideas fijas, asociado al “maurrasismo”, entonces en voga y al que el papado y la asamblea episcopal –salvo honrosas excepciones– consideraban legítimo ⁽⁷⁾. Ahora estamos pagando las consecuencias –y aún las pagaremos durante mucho tiempo– de esta política que suprimió toda una generación de buscadores y que instaló, en las cátedras de los seminarios, a profesores cuya única preocupación era repetir literalmente la enseñanza de siempre, de un nivel primario y, además, en plena decadencia.

Es difícil que hoy nos hagamos una idea de la represión ejercida por la Iglesia a comienzos de siglo: fue un verdadero genocidio de la mayoría de quienes se esforzaban por ser auténticos en la formulación de su fe. Muchos de ellos –incluidos los más maltratados– eran más religiosos que la mayoría de los buscadores de nuestros días porque habían recibido en herencia un sincero sentimiento de piedad filial hacia la Iglesia –sentimiento que hoy se desconoce ⁽⁸⁾.

Actualmente, los más avanzados desde un punto de vista intelectual en cuestiones de doctrina hacen que sus predecesores parezcan de tendencia conservadora a pesar de sus audacias. La mayor parte de las veces, además, los investigadores de hoy son menos religiosos que los de principios de siglo. Son más técnicos, más acordes

con la tendencia general actual –a mi modo de ver, nefasta– de separar, en nombre del rigor científico, lo intelectual de lo espiritual. Insisto mucho en este punto en mis libros: las cuestiones de exégesis y de teología –como todas las investigaciones que abordan las profundidades del hombre– no se trabajan convenientemente si la vida espiritual personal del buscador no las ilumina.

Ciertamente, hay que rechazar todo lo que no sea científico en el método y en las técnicas utilizadas. Es más, es necesario *prestar atención a que la aplicación del método y de las técnicas no esté influida –directa o indirectamente– por la preocupación –reconocida o no– de no poner en cuestión tal afirmación determinada o de no salirse fuera de tal disciplina establecida*. Ahora bien, una vez dicho esto, hay que afirmar, además, que sólo los hombres de fe pueden tratar lo que nace de la fe tal como se merece porque, como ocurre en las ciencias humanas, la humanidad del buscador pesa de forma implícita, si no reconocida, en las conclusiones que éste extrae de sus trabajos.

Por otra parte, inversamente y de forma no menos necesaria, cuando se ha alcanzado un determinado nivel de cultura y se impone un verdadero rigor en el pensar, hay que tener, además, suficiente formación científica, en el campo de los temas religiosos, para aplicarse de lleno y hacer un trabajo útil en él.

Todo esto explica la extrema deficiencia del clero actual desde el punto de vista espiritual e intelectual. Se destinaron a su formación unos profesores que no fueron más que repetidores; repetidores indudablemente muy concienzudos pero también muy vigilados: por poco que hubieran tomado cualquier iniciativa a título personal, e iniciado cualquier intervención más o menos crítica, hubieran sido rápidamente apartados de sus cargos. Tanta era la tiranía intelectual que reinaba entonces. Y este período aún no ha concluido del todo, aunque parece que está llegando a su término a pesar de algunos intentos de reanudarlo.

Por otra parte, en aquella época, un jansenismo latente hacía que cualquier investigación libre fuera moralmente sospechosa de

orgullo y de espíritu propio. Se tenía una concepción “monástica” de la obediencia que confería a ésta un valor absoluto. Esta concepción voluntarista dispensaba de la investigación y, por tanto, también de los tanteos que exige la comprensión, la intelección de lo enseñado u ordenado. No estaba permitido ser uno mismo con honestidad de espíritu. El creyente era amaestrado para actuar a ciegas en lugar de ser educado en la libertad o, por lo menos, en lugar de enseñarle a caminar hacia ella. La fidelidad, rebajada así al nivel de disciplina, hacía del cristiano un ser sumiso, y del “pueblo de Dios”, un rebaño ⁽⁹⁾.

A su vez, el dolorismo hacía que muchos considerasen merecidos los sufrimientos que provenían de sus reacciones vitales y de la sorda resistencia que surgía en ellos al sentirse llamados, por todas las fibras de su ser y por Dios mismo, a vivir la libertad dentro de la verdad: me refiero a la libertad que cada uno, sea cual sea la circunstancia en que se encuentra, puede y debe esforzarse por alcanzar para vivir verdaderamente, “en espíritu y verdad”, de Dios.

El Padre d’Ouinice, amigo de Teilhard y, durante mucho tiempo, director de los *Études*, y que tuvo gran influencia sobre mí –una influencia continua, de aliento, sin ningún tipo de directividad–, decía: “En cada época, la Iglesia incurre en un pecado mayor: antiguamente, fue la simonía, la disolución de la moralidad; actualmente, es el pecado contra la inteligencia”.

Indudablemente, hay que reconocer que esta situación está cambiando. Por desgracia, no a causa de una vitalidad espiritual renovada sino del derrumbamiento de la fortaleza en la que la Iglesia se ha encastillado ⁽¹⁰⁾. Los cerrojos de sus puertas –por más blindadas que éstas estén por decretos del Santo Oficio o de otras congregaciones– están gastados. No creo, pues, que esta transformación se dé a partir de una actitud que lleve a pensar que proviene de una conversión real. La Autoridad, en lugar de prestarse a esta evolución positivamente, la padece. Procura frenarla todo lo que puede. Pero, por otra parte, tampoco dispondría de medios para promoverla dada la formación de sus miembros, dadas las responsabilidades de

su función social –que tiene que asumir por las circunstancias de la historia– y dado el peso y la inercia inherentes a toda institución. Esta transformación se va operando por la presión de los acontecimientos. No es fruto de la fe.

A decir verdad, en nuestros días, la Autoridad necesita más fe que antes para poder gobernar adecuadamente. Por lo que, por lo general, cabe afirmar que la Autoridad no está a la altura de su misión. Ya no le bastará la habilidad política, tal como creía antaño que le bastaba, aunque erróneamente. El Evangelio inspira una sabiduría que no es de este tipo y que es, sin embargo, la que necesitamos para vivir... No basta con hablar del Espíritu Santo sino que hay que vivir de él, del Espíritu de Jesús.

El abate Bremond, Monseñor Batiffol

Nunca conocí a Bremond aunque vivió hasta 1933. Se defendía muy bien cuando se le invitaba. Lo hice muchas veces pero... ¡siempre tenía gripe! Era una disculpa, sin duda. Normalmente vivía en el sur para poder trabajar con más eficacia que en París. No se equivocaba... Ejerció gran influencia sobre mí a través de su gran obra, *Historia literaria del sentimiento religioso en Francia desde el fin de las Guerras de religión hasta nuestros días*, y también por algún otro libro.

Usted ya sabe que Bernanos lo escogió como modelo para uno de sus personajes, el sacerdote sin fe, el abate Cénabre. No creo que Brémond tuviera dificultades en el orden de la fe. No digo que no las tuviera en la adhesión a una creencia concreta. Sin duda, vivió una crisis grave y dolorosa cuando todavía era jesuita: al parecer, desde el momento de pronunciar sus votos definitivos. Lamento que Bernanos –del que también he recibido mucho– cometiese este contrasentido al juzgar a Bremond. Por otra parte, no fue la única vez que Bernanos fue profundamente ininteligente hasta llegar a ser injusto. Bremond fue expulsado de la Compañía, cuando murió Tyrrell, por haber rezado unas oraciones sobre la tumba de éste último, también jesuita marginado por sus ideas “modernistas”, él, que fue un creyente al estilo de los irlandeses, con su violencia incluida ⁽¹⁾.

¡Qué carnicería! ¡Y pensar que ésta no se habría producido si de arriba no se hubiera apoyado a los ejecutores!... Reprocho, a hombres como Congar –a quienes por otra parte aprecio por su tendencia ecuménica–, decir: “Hemos tenido grandes papas”. No es verdad. Hemos tenido unos papas –particularmente Pío X– a los que el futuro juzgará muy severamente porque no prepararon nada, no previeron nada y pusieron trabas, en cambio, a todo lo que había que alentar y que proteger dado lo importante que era y es, para el futuro de la Iglesia, la continua confrontación de la fe y de sus afirmaciones con la ciencia y sus desarrollos. Diría lo mismo de Pío XII. Hoy es cuando empezamos a encontrarnos con los frutos amargos de estos gobiernos tipo “Antiguo Régimen”, donde las denuncias tenían tan buena audiencia.

A principios de siglo, todo el mundo estaba bajo sospecha en los medios eclesiásticos. La delación estaba sistemáticamente organizada. Pero, desgraciadamente, aparte de las delaciones llevadas a cabo por la especie de francmasonería que había en el interior mismo de la Iglesia, el clima de terror hizo que, con demasiada frecuencia, los investigadores sospechasen unos de otros y se denunciasen entre sí con el fin de protegerse ellos mismos. Estas conductas humanas –demasiado humanas– siempre reaparecen cuando la Autoridad pretende ser absoluta y no se ejerce de forma espiritual, promoviendo la libertad y respetando la dignidad de aquellos sobre quienes actúa. En aquel tiempo, aparte de Loisy, había dos escuelas rivales, la de Lagrange y la de Batiffol. La táctica empleada por Batiffol, y por tantos otros, fue siempre, más o menos, la de protegerse denunciando. Monsieur Portal, en concreto, no se fiaba nada de Batiffol. Por eso lo invitó a formar parte del comité católico que se reunió en Malinas hacia 1923: para no tenerlo en contra ⁽¹²⁾.

Resistencia y sumisión

El dilema es o someterse o rebelarse. La rebeldía endurece a la Autoridad pero el sometimiento la anima en su autocracia. A cada

uno le corresponde su propia responsabilidad ante Dios y dominar sus propios demonios interiores.

¡Leí las cartas de Laberthonnière! Aquellos creyentes sentían que, aunque quizás podían ser derrotados en el presente, era verdad lo que decían, y sabían que llegaría el día en que esta verdad resultaría evidente. Hay verdades que, aunque pueden ser reprimidas, no pueden ser suprimidas indefinidamente. “Mis palabras no pasarán”, decía Jesús (¹³).

Creo que algunos de los que fueron enterrados vivos en el período modernista son autores póstumos (¹⁴). Después de todo, ya sucedió lo mismo en el Antiguo Testamento: los profetas no empezaron a serlo realmente ante los ojos de Israel hasta que no sucumbieron en el combate. Jesús comprendió que su muerte no significaba un fracaso radical sino que su mensaje iba a encontrar en ella la base de donde brotaría el vigor y la intensidad de una llamada y de un fermento que ningún poder de este mundo jamás podrá destruir ni desviar, para siempre, a favor de sus propios fines.

Cuando Monsieur Portal me decía –no sin un punto de humor negro– que la muerte es el factor de progreso más importante de la humanidad, lo que quería decir era que ciertos progresos en la Iglesia no pueden darse hasta que desaparezcan quienes, por ejercer la función de autoridad, los impiden. Y esto lo decía sin desdeñarse de otras consideraciones espirituales más elevadas a las que se adhería totalmente, tal como testimoniaba su propia vida, en la que había conocido, muchas veces, la muerte del exilio y de la marginación.

Cuando escribí mis libros por fidelidad a lo que claramente sentía que tenía que hacer, sin importarme lo que me pudiera suceder por ello (esto era antes del Concilio aunque mis libros se publicaron después), ya había aceptado, por adelantado, la eventualidad, casi segura, de que los incluyeran en el Índice. Me decía: «en las actuales circunstancias –es decir, antes del Concilio–, es normal que me metan en el Índice; sin embargo, me niego rotundamente a que mis libros puedan desaparecer de una forma u otra». Había previsto

incluso que aceptaría adjuntar una hoja que precisara que la Iglesia no consideraba ortodoxa tal proposición o tal postura. Pero, en tal caso, pensaba exigir un documento oficial al respecto, de forma que la autoridad se responsabilizara de su decisión delante de todos. No pensaba transigir porque creía que mi intransigencia en este punto procedía de mi fidelidad fundamental a la Iglesia ⁽¹⁵⁾.

La autoridad en la Iglesia se mueve con demasiada frecuencia por caminos tortuosos. La vía recta, directa, de hombre a hombre, de creyente a creyente, no es su fuerte. Por lo general, hasta el presente, La Institución ha preferido las intrucciones impersonales, los juicios sin motivos, las acusaciones imprecisas o con unas maneras de decir que, por su propio simplismo, desnaturalizan aquello a lo que apuntan para poder conseguirlo mejor. Las actas eclesiásticas raramente son de una perfecta rectitud. Hay una especie de “caridad” que, con el pretexto de no herir, llega a ser deshonesta y a dejar una impresión pegajosa. En cambio, hay otras veces en que la autoridad no tiene ningún tipo de miramiento con sus subordinados, y actúa con una brutalidad en la que incluso parece complacerse; por ejemplo, cuando se deja llevar por los métodos de represión propios de los regímenes más totalitarios.



[«Por las que se ven y no están, a las que no se ven y están»]

NOTAS A «EL MODERNISMO» DE M. LÉGAUT

Nota 1

Estas páginas pertenecen a *Patience et passion d'un croyant*, París, Desclée de Brouwer, 1990, p. 32-42. Esta edición de 1990 es una revisión del texto original, de 1976. En el año 2000, las Éditions du Cerf volvieron a publicar la versión de 1976. Pero nosotros hemos preferido la de 1990, que es la última que Légaüt dio por buena. En las notas siguientes damos algunas informaciones más sobre «el modernismo», que complementan las de la Presentación del Cuaderno.

Nota 2

Con posterioridad a 1893, en la primeros años en que Loisy fue destituido de su puesto de profesor en el Instituto Católico y se retiró a Neuilly, M. Portal, que solía ayudar al perseguido, le ofreció colaborar en su *Revue anglo-romaine*, un semanario interconfesional que apenas duró dos años (1895-6), y en el que Loisy ocupó un quince por ciento del espacio (Régis Ladous, *M. Portal et les siens (1855-1926)*, París, Cerf, 1985, p. 95-101 y p. 122).

Diez años después, en 1905, Monsieur Portal y el P. Laberthonnière, junto con algunos otros clérigos y laicos destacados, fundaron una “Sociedad de estudios religiosos” con dos secciones y dos revistas ya existentes: una sección de unión de las Iglesias, con la *Revue catholique des Églises* de Portal, y otra de filosofía, con los *Annales de philosophie chrétienne*, dirigida, tras la muerte del abate Denis, por el P. Laberthonnière (ver: *Cuaderno de la diáspora 15*, Madrid, AML, 2003, p. 148 y ss.). Veamos qué pasó con estas dos publicaciones.

La *Revue catholique des Églises* de M. Portal tuvo que cerrarse, después de funcionar cuatro años, en 1908, cuando el cardenal Merry del Val, Se-

cretario de Estado de Pío X, destituyó a Portal como rector del Seminario de San Vicente de Paul, el segundo centro eclesiástico universitario de París. M. Portal había sido nombrado nueve años antes, en 1899. Sus superiores, que siempre apoyaron a Portal, juzgaron que, en 1899, ya lo podían llamar a París después de vivir unos años retirado en provincias de resultas de una primera “caída en desgracia” en la que Merry del Val ya había intervenido. Fue cuando Portal fracasó en su intento, junto con Lord Halifax, de conseguir un acercamiento entre católicos y anglicanos al más alto nivel, cosa que no volvió a plantearse hasta Juan XXIII, con éxito esta vez. Esta idea de conseguir un encuentro entre el Papa y la máxima autoridad anglicana iba unida, para M. Portal y para lord Halifax, a la de conseguir que el catolicismo aceptase la validez de las ordenaciones anglicanas (ver R. Aubert, *Nueva Historia...*, 1984, p. 215-219).

La segunda sanción de Portal, que le retiró de rector del seminario, pareció, a decir de Légaut, una «cuasi-excomunión» pues nuevamente la segunda autoridad de la Iglesia desautorizaba a Portal (Légaut, *Patience et passion...*, 1990, p. 27). El detonante de esta segunda sanción de M. Portal fue la publicación, en 1906, de una biografía de un joven sacerdote recién fallecido a los treinta años, *L'Abbé Gustave Morel*. La biografía, la escribió Jean Calvet, otro sacerdote acogido por M. Portal en París, en 1906, cuando fue despedido del seminario de Toulouse –donde daba clases de literatura– por haber publicado un artículo, en *Demain* (de Lyon), sobre la enseñanza católica a partir de la Separación (ver Poulat, 1962, p. 563).

El libro sobre Morel iba a ser el primero de una colección unionista –ahora diríamos ecuménica– concebida por Portal. El abate Morel había fallecido en Rusia en 1905 de un accidente, pero antes había vivido y trabajado en el Seminario de Portal, desde donde había asistido a los cursos de Loisy. Para Portal era su “heredero” en la causa del unionismo, su colaborador desde 1901. Su biografía puso al descubierto el ambiente “liberal” del Seminario regido por Portal, que tuvo que retirar el libro de la venta para evitar su inclusión en el Índice. Sin embargo, después de 1908 y de su destitución, cuando M. Portal entró en contacto por mediación de Le Roy con el primer grupo de “normaliens” –lo que luego sería el grupo Tala–, de lo primero que les propuso fue leer *L'Abbé Gustave Morel*.

En cuanto a los *Annales de philosophie chrétienne*, dirigidos por Laberthonnière tras la muerte del abate Denis, Maurice Blondel los financió en secreto y colaboró asiduamente en ellos. En los *Annales* vieron la luz muchos artículos de tipo “modernista”, y, en concreto, de una filosofía distante del tomismo (que era la filosofía oficial del catolicismo por decreto de León XIII) y favorable, en cambio, a la filosofía de la «acción» y a la «inmanencia», palabras claves y polémicas en la época, propias de una filosofía más de tipo agustiniano y personalista.

En 1913, toda la nueva serie de los *Annales* (1905-13) fue incluida en el Índice, junto la *Autobiography and life* de George Tyrrell de Miss Maude D. Petre, *Sainte Chantal* del abate Bremond, dos libritos del P. Laberthonnière (*Le témoignage des martyrs* y *Sur le chemin du catholicisme*) y un libro de Paul Viollet: *L'infallibilité du pape et le Syllabus* (Poulat, 1962, p. 103; Colin, 1997, p. 482). A Laberthonnière se le prohibió publicar, dar clases y predicar, so pena de suspensión *a divinis* inmediata, medida que el P. Blanchet, biógrafo de Bremond, calificó, en 1967, de «estrangulación, pura y simple» pues, además, la prohibición debía permanecer en secreto (Goichot, 2002, p. 105).

El cierre de los *Annales* se debió no sólo a su distancia del tomismo sino también a la enemistad que se habían granjeado Blondel y Laberthonnière, entre los clérigos y obispos favorables a la *Action française* de Charles Maurras, por criticar a ésta. Maurras –de ideología atea declarada, pero realista (*royaliste*) y antirrepublicano– y su partido de la *Action française* defendían la autoridad y el orden, y esto, a los eclesiásticos, les gustaba, de modo que Roma no la condenó hasta 1929 pese a que existía un expediente favorable a hacerlo desde 1915. Blondel y Laberthonnière, en cambio, no sólo criticaron a Maurras y a su partido sino que apoyaron el movimiento de *Le Sillon* de Marc Sangnier (1873-1950), de tendencia demócrata, condenado por Roma en 1910 por ver en él un resurgimiento del liberalismo condenado por el *Syllabus* de 1864. Esta polémica sólo fue una muestra entre otras del aspecto político de la crisis modernista. En aquel tiempo se planteó, de diferentes maneras, tanto en Francia como en Italia y Alemania, una relación autónoma entre lo político y lo eclesiástico, parecida a la relación propugnada por Loisy y por otros entre la historia y el dogma en el terreno de las Escrituras.

Nota 3

Sobre Edouard Le Roy, filósofo de formación matemática y discípulo de Bergson, ya hemos dado alguna información en la Nota 3 de la Presentación del Cuaderno. Falta decir que, en 1905, publicó un artículo titulado “¿Qué es un dogma?” que supuso un tercer núcleo conflictivo en aquellos años (antes lo habían comenzado a ser los libros de Loisy y antes aún la «filosofía de la acción» y de la «inmanencia» de Blondel y de Laberthonnière). Dos años después, en 1907, Le Roy recogió en un libro, *Dogme et critique*, los escritos de aquella polémica. Esta controversia (Le Roy era discípulo de Bergson y éste no era ni santo Tomás ni una de las “fuentes” de Blondel) fue una prueba más de que los innovadores no eran un bloque sino que había discrepancias importantes entre ellos. Aparte de esto, el libro de Le Roy amplió el alcance de la crisis: el dogma, es decir, el acto de fe y su contenido, así como la adhesión a las formulaciones, todo ello entraba a ser un tema a examinar a partir de los nuevos conocimientos (ver, Colin, 1977, p. 245; buenos resúmenes en R. Aubert, *Nueva Historia...*, 1984, p. 188-204, y en Frederick Copleston, *Historia de la filosofía*, vol. IX, Barcelona, Ariel, 1982, p. 215-245).

A partir de la publicación de *Dogma y crítica* de Edouard Le Roy en 1907, los problemas de M. Portal se aceleraron hasta llevar a su destitución. Dada la amistad entre M. Portal y Le Roy (Portal iba a casa de los Le Roy y jugaba con sus hijos como si fuese de la familia), la Congregación romana de asuntos eclesiásticos extraordinarios envió a Monseñor Baudrillart (antiguo alumno de la Normal, sacerdote del Oratorio y director del Instituto Católico; persona abierta pero muy prudente e interesada en limpiar de toda sospecha de modernismo el Instituto Católico donde Loisy había enseñado) la siguiente pregunta: «¿Ha participado M. Portal de alguna manera, directa o indirecta, próxima o remota, en la publicación del último libro de M. Le Roy?». Portal lo negó, y, además, pudo aportar pruebas y testimonios en contrario, en veinticuatro horas, para desautorizar así los tres informes previos que habían llegado a Roma en su contra. Baudrillart, hombre prudente y de estructura pero suficientemente honesto, remitió una respuesta favorable a Portal y en Roma archivaron de nuevo el caso, por el momento. Sin embargo, se le hizo llegar a Portal,

verbalmente, el consejo de «ser sumamente prudente en adelante» pues en Roma tenían «los ojos muy atentos sobre todo lo que y todos los que tenían que ver de cerca con el Instituto».

Tal como Portal escribía a lord Halifax en junio de 1907: «De hecho, mis adversarios escogieron perfectamente por donde atacar, y fue un milagro que yo pudiese responder como lo hice. Le Roy debió de tener una voluntad muy decidida de no comprometer a nadie para que yo no tuviese noticia del manuscrito ni de las pruebas» (Ladous, *M. Portal...*, 1985, p. 272). A continuación, se levantó el caso Turmel, que llevaba publicados nueve artículos sobre historia del cristianismo en la revista de Portal y que, bajo pseudónimo, continuó publicando hasta que, en 1931, fue descubierto. Poco después, el libro sobre el abate Morel fue, como decíamos, la gota que colmó el vaso y que sirvió de pretexto para que Merry del Val volviera a sancionar a Portal (*Op. cit.*, p. 273-278).

Nota 4

La frase de Portal «*Han ido demasiado deprisa pero están en la buena dirección*» es afín a la del P. Lagrange, «me castigan hoy por escribir las cosas que se enseñarán mañana», y a la del cardenal Suhard al P. Chenu en 1942: «No se entristezca, padre; dentro de veinte años, todos hablarán como usted» (citadas en la nota 12 de nuestra Presentación; más abajo, en la nota 13, citamos otras frases parecidas).

Nota 5

Aparte de los nombres más destacados en la historia del modernismo, queremos mencionar a otros que también vivieron los avatares de esta crisis de una forma abierta. Su peripezia se entrevé en libros como los de Poulat, Colin, Goichot, Ladous, Vidler, Blanchet, Fouilloux, etcétera. Espontáneamente pensamos en Miss M. D. Petre, Georges Fonsegrive, Paul Desjardins, Paul Viollet, y en los abates Klein, Venard, Morel, Calvet, Gratioux, Birot, Amann, Mangelot, Baudin y Grandmaison. Hablaremos de algunos en la «Suma de poquedades».

Es de notar que los laicos, pese a las excepciones, siempre estaban menos expuestos a las medidas disciplinarias que los clérigos, que, entre

otras cosas, se jugaban el sustento si caían en desgracia. Loisy, por ejemplo, dependía de lo que la diócesis de París le pasaba, de sus clases y de sus publicaciones. Si éstas últimas se incluían en el Índice, las ventas bajaban. El P. Laberthonnière, por ejemplo, era más vulnerable que Blondel por ser religioso (Colin, 1997, p. 510). Copleston dice sobre Blondel: «De hecho, las ideas de Blondel nunca fueron condenadas por Roma, a pesar de los esfuerzos que se hicieron por que lo fuesen. Probablemente fue una suerte para él no hacerse sacerdote, como parece que pensó alguna vez» (*Hª de la filosofía*, vol. IX, p. 231).

Un laico sancionado fue, como hemos visto, Edouard Le Roy. Pero Gilson escribía en 1931 a Maritain al respecto: «El affaire Le Roy es lamentable. Sin duda, doctrinalmente, la inclusión en el Índice es legítima, pero plantea la cuestión del estatuto de los católicos en la Universidad». Fouilloux observa que Gilson debía de estar inquieto, en ese momento, por su candidatura al Collège de France, pero su opinión no sólo era por esta razón pues, treinta años después, en 1964, escribía, desde Toronto, al P. de Lubac, que había padecido y sido testigo asimismo de la “persecución” desatada contra la “nouvelle théologie”:

«Mi gran fuerza, *hélas*, es no ser sacerdote. Si hubiésemos sido religiosos o clérigos, ni Maritain ni yo hubiéramos podido escribir ni una centésima parte de lo que hemos escrito. Hubiéramos sido, como se dice por aquí, *crucified*» (Fouilloux, 1998, p. 28 y 125; ver, más abajo, la nota 14).

Miss Maude D. Petre (1863-1942) fue la única mujer a quien se planteó pronunciar el juramento antimodernista por haber escrito una biografía en defensa del P. Tyrrell que se incluyó en el Índice. Como se negó a ello, se le privó de los sacramentos en su diócesis de Southwark; lo cual, sin embargo, no le impidió cruzar, desde entonces, el Támesis e ir a comulgar en la diócesis vecina de Westminster. Miss Petre, que fue superiora nacional de las Hijas de María, y que permaneció en la orden durante los años modernistas, se secularizó a los pocos años de morir Tyrrell y siempre fue fiel a sus amistades. En 1938, fue una de las últimas visitas que recibió Loisy. Cuando murió Miss Petre, fue enterrada junto a Ty-

rell, a petición suya (también Madame Gallice fue enterrada junto a M. Portal). En la «Suma de poquedades» citamos unos párrafos de esta «mujer extraordinaria» (*femme supérieure*) a juicio del P. Blanchet (*Henri Bremond*, 1975, p. 199).

Permítasenos una referencia a la vida de Légaut al terminar estas observaciones: parece plausible que este contexto autoritario, sobre todo eficaz entre sacerdotes y religiosos, influyó en M. Portal –junto con la nueva situación de separación entre Iglesia y Estado– para aconsejar a Mme. Gallice, en 1907, que no se hiciera «hermanita de la caridad» y que siguiera su obra social como seglar; y a los jóvenes del grupo Tala, y entre ellos a Légaut, en los años veinte, que no se hicieran sacerdotes o religiosos sino que siguiesen como seglares su camino de ciencia y de enseñanza pública para servir mejor así, a la larga, al cristianismo (Ver *Cuaderno de la diáspora* 15, p. 157-160; y 16, p. 29, 191-194, y 223).

Nota 6

Tres de los abates citados en la nota anterior, Venard, Morel y Calvet, eran –como ya hemos indicado– de la órbita de M. Portal cuando éste era rector. Eran de los jóvenes de los que habla Légaut. Poulat estudia y cita sus correspondencias para mostrar la recepción de Loisy entre los jóvenes (Poulat, 1962, p. 269-285). M. Portal vivió, desde su cargo de rector del Seminario, los años primeros de la crisis modernista. A parte de sus actividades editoriales y de su amistad con Le Roy –de las que ya hemos hablado–, M. Portal se vio implicado en la crisis modernista por las actividades de sus seminaristas. Hay que indicar, además, que también vivió desde allí la separación de la Iglesia y el Estado; separación que, sin duda, dada la virulencia de los bandos, influyó en el sentimiento de asedio y de defensa de los católicos ante la sociedad laica, entonces “laicista”. Según Ladous, la Separación comportó «la oleada anticlerical más fuerte en Francia después de la Comuna» (R. Ladous, *M. Portal et les siens*, 1985, p. 147; sobre la Separación, el clima y sus fases, ver R. Aubert, *Nueva Hª...*, 1984, p. 78-88). Sin embargo, M. Portal interpretó la Separación como una ocasión para que la Iglesia volviese a centrarse en su misión (ver *Cuaderno de la diáspora* 15, Madrid, AML, 2003, p. 148 y ss.).

En cuanto a lo peculiar del Seminario de Cherche Midi, importa señalar que Portal creó en él un ambiente como el que luego volvió a crear entre los “normaliens” del grupo Tala. Según Calvet:

M. Portal tenía un talento que nunca he visto en nadie más: el talento de abrir las ventanas para recoger los ruidos útiles, y el de abrir las puertas para dar paso a los personajes más interesantes. Como se suele decir, conocía a todo el mundo y yo vi a todo el mundo, durante aquellos tres años, desfilando por su despacho. [...] «Tengo un despacho [decía Portal], suelo estar allí, venga usted a verme, encontrará usted allí gente con mis mismas preocupaciones y charlaremos» (R. Ladous, 1985, p. 166).

En lo referente a la asistencia de sus seminaristas a las clases de Loisy, M. Portal se hacía el despistado ante las prohibiciones del cardenal Richard y los dejaba ir a la *École pratique des Hautes-Études*, que es donde éste volvió a enseñar después de que lo retiraran del Instituto Católico por las denuncias del rector del seminario de san Sulpicio, en 1892, y de pasar cinco años como capellán en Neuilly (Ladous, *M. Portal...*, 1985, p. 145-168). El abate Venard, colaborador de Portal en la *Revue catholique des Églises*, e íntimo amigo de Gustave Morel, iba a las clases de Loisy junto con los estudiantes. Su correspondencia con Gustave Morel es un testimonio de primera mano al respecto:

No hay nada que hacer mientras nuestras facultades dependan de Roma y las cátedras las ocupen religiosos a quienes se les prohíbe la libertad de pensar...

Escribía Venard en diciembre de 1900 (sobre el abate Venard, ver en la «Suma»). En este sentido, algunos historiadores interpretan que la «crisis modernista» fue un momento en que la formación y los estudios dentro del catolicismo comenzaron a abrirse a los nuevos conocimientos pese a las sanciones que parecieron indicar un fracaso de este intento. Poulat especifica muy bien el terreno y la novedad del «modernismo» y diferencia el problema teórico de las maneras de darse la «crisis»:

La ocasión la ofreció el choque brutal de la enseñanza católica tradicional y las jóvenes ciencias religiosas que se habían constituido, lejos del control de las ortodoxias y lo más frecuentemente en contra, partiendo de un principio revolucionario: aplicar los métodos positivos a un campo, a unos textos considerados hasta entonces fuera de su alcance. La iniciación a estos métodos planteaba al erudito católico un dilema embarazoso: ver, en esta laicización científica del universo religioso, una contradicción intrínseca y una profanación culpable significaba negarse a todo trabajo real y colocarse en una posición de inferioridad; aceptar las reglas de estos métodos parecía introducir el libre examen en una religión que lo excluía, y, más concretamente, multiplicar al infinito unas dificultades rebeldes a todo tratamiento apologetico o autoritario. La crisis modernista no se reduce ni a las circunstancias que la agravaron (en su origen, el desfase entre la mediocridad de la enseñanza eclesiástica y el dinamismo de las ciencias religiosas, y después, enseguida, la rutina en la forma de pensar, los métodos de gobierno y ese gusto por la violencia en la polémica que la prensa católica del tiempo refleja) ni a las mezquindades, disensiones y animosidades que jalonaron su desarrollo. Aspectos dolorosos ciertamente y a menudo desagradables ... [que] a su manera testimonian la novedad del problema planteado al pensamiento cristiano» (Poulat, 1962, p. 8-9).

Faltos de algún maestro que les dirigiese satisfactoriamente, los seminaristas encontraban en Loisy (gracias al Estado que lo acogió cuando fue expulsado de los centros docentes católicos) alguien que les exponía las cuestiones de una forma que suponía para ellos la esperanza de poder aunar el rigor científico y la voluntad de continuar dentro del catolicismo pero de forma porosa a la forma de investigar de la época. Las cuestiones tratadas por Loisy eran tanto del Antiguo como del Nuevo Testamento: valor no histórico sino religioso de los primeros capítulos del *Génesis*, imposible autoría mosaica del *Hexateuco*, formación progresiva de los *Evangelios*, no historicidad de muchos relatos y parábolas, búsqueda de las palabras originales de Jesús, etc. Loisy ya había expuesto muchas de estas cuestiones, por ejemplo, en su artículo sobre “Renan, historiador de Israel” en la *Revue*

anglo-catholique de Portal en 1896, y sin haber sido censurado entonces, tal como el propio Loisy argumentó después al cardenal Richard para defenderse, pero dejando a M. Portal, sin querer, en situación precaria.

Nota 7

Sobre la *Action Française* y Maurras, ver, más arriba, la nota 2. Este grupo político era de extrema derecha. Aunque expresamente arreligiosa, valoraba a la Iglesia como un factor de orden. Por eso, un pensamiento teológico afín al «antiguo régimen» coincidía con este partido en ser ambos «poco sensibles al orden democrático». Aunque condenada por Pío XI en 1929 (tardíamente si se compara con la condena de *Le Sillon*), la *Action Française* influyó en la ultraderechista Acción Española que cada vez tuvo más fuerza dentro de la CEDA de Gil Robles. El cardenal Gomá, uno de los principales autores de la Carta colectiva de los obispos en apoyo de Franco, había colaborado en la revista de la *Action Française* (Hilari Ragner, *La pólvora y el incienso. La Iglesia y la Guerra Civil española*, Barcelona, Península, p. 162-163).

Nota 8

En la «Suma de poquedades» transcribimos una carta enviada por Loisy a Pío X en 1904, así como la respuesta que le llegó a éste por mediación de una carta del Papa al cardenal Richard. En estas dos cartas se refleja el «sentimiento filial» del que habla Légaut, así como el problema intrínseco a la obediencia y a la autoridad en la Iglesia, en las que importa distinguir dos planos, el organizativo y el espiritual, como indicamos en la Nota siguiente.

Nota 9

Según el P. Louis Bouyer, la obediencia monástica *tuvo un «carácter doble» a partir de un momento dado del monaquismo*, es decir, cuando éste pasó a ser cenobítico y a vivirse en grupo en torno a un «abbas». Por un lado, estaba, en efecto, la obediencia indispensable en un grupo, el orden y el reparto de tareas, el sentido jerárquico propio de un cuerpo social, lo cual atañía, sobre todo, al fuero externo de las personas. Por otro lado, estaba el ejercicio ascético del dominio de la libertad, de la renuncia al «yo» y del se-

guimiento a un maestro espiritual, fundamental en el camino espiritual. El “abba” inicialmente fue el maestro espiritual, pero luego pasó a ser, además, el jefe y dirigente del grupo (religioso). El problema vino, pues, por la confusión –que no unión– de estos dos elementos en una misma persona. Y el problema se agravó cuando la obediencia «monástica» se extendió al resto de la Iglesia. Como dice Bouyer, este carácter doble fue «fuente de largos equívocos» en la historia de la Iglesia (*Histoire de la spiritualité chrétienne, vol I, La spiritualité du N. T. et des Pères*, París, Aubier-Montaigne, 1966, p. 384-394, epígrafes: «monaquismo y cristianismo» y «Pacomio y el cenobitismo»).

Estos equívocos contribuyeron a sacralizar indebidamente a la institución de la Iglesia. González Faus explica, citando a H. de Lubac, que se entiende mal el «creo en la Iglesia» del Credo si se hace de ésta objeto de fe como lo es Dios (ver un mayor desarrollo de este punto en la «Suma», en una nota a propósito de un fragmento del diario de Mignot). Estos equívocos, al intervenir en la vida interna de la Iglesia, afectaron, indirectamente, a la forma de entender la paternidad de Dios, su acción en el mundo, y el juicio escatológico. Para desentrañar todo esto, es fundamental distinguir, si no separar, tal como hizo Légaut y como se hace en algunas tradiciones, estos dos caracteres de la obediencia y de la autoridad.

Nota 10

Ver la Nota 2 de la Presentación del Cuaderno sobre la imagen del “baluarte”.

Nota 11

Légaut no es del todo exacto en estas líneas. Aunque ya indicamos algo sobre el final de Tyrrell en la Nota 4 de la Presentación, expondremos ahora una relación más detallada de los hechos. Bremond (1865-1933), ciertamente, fue expulsado de la Compañía, pero no en 1909 por su actuación en la muerte de Tyrrell (1861-1909) sino unos años antes, sobre todo –aparte de otras cuestiones personales–, por un cúmulo de denuncias sobre sus relaciones con los «modernistas» cuando los jesuitas eran en cambio, más bien «antimodernistas», y algunos de ellos, además, muy activos, mientras otros, unos pocos, como el P. Grandmaison, eran más moderados y silen-

ciados (Loisy decía que, si Grandmaison y él se hubieran conocido, habrían podido, si no coincidir, discutir al menos. Ver, Poulat, 1984, p. 91-93, con una carta de Grandmaison interesante; y Poulat, 1962, p. 132-134).

En 1901, Bremond había seguido los cursos de Loisy en la *École pratique des Hautes-Études*, y, en sus viajes por Italia, había conocido a Fogazzaro y a otros innovadores italianos. Así pues, en 1903, para alejarle de este ambiente, se le prohibió residir en París y visitar a Tyrrell en Inglaterra aun residiendo cerca de Londres hasta que, al cabo de unos meses, se le propuso firmar las dimisorias. La salida de la Compañía de Bremond ocurrió entre 1903 y 1904, es decir, en fechas parecidas a las de la condena de *El Evangelio y la Iglesia* y de *Autour d'un petit livre*. Por otra parte, cuando se sigue con detalle la evolución personal de Bremond, tal como lo hace el P. Blanchet en su libro de 1975, queda claro que el mismo Bremond, poco a poco, fue viendo que su lugar no era la Compañía y que su expulsión fue, en parte, una liberación para él, por lo que no le quedó ningún rencor por ello. Al contrario, siguió muy unido a sus dos hermanos jesuitas, lo cual no le impidió, sin embargo, resaltar, conforme a su forma de entender la psicología de las almas, el aspecto místico de san Ignacio y de los jesuitas del siglo XVI, más que el aspecto ascético, que fue el que prevaleció desde entonces.

Aunque Bremond no intervino directamente en los debates modernistas, a partir de 1898, a través de Blondel y de la amistad de éste con el barón von Hügel, había entablado amistad con Georges Tyrrell, jesuita como él. Tyrrell y Miss Petre, muy amigos entre sí, fueron los confidentes más allegados a Bremond cuando éste pasó a ser sacerdote secular. De hecho le animaron a permanecer como tal y a no secularizarse.

La amistad entre los tres hizo que Miss Petre y Bremond ayudaran y apoyaran a Tyrrell cuando éste fue expulsado de la Compañía y suspendido «a divinis» en 1906, y cuando, al año siguiente, fue privado de los sacramentos por defender a Loisy y criticar a la encíclica *Pascendi* en el *Times*. Tyrrell siguió escribiendo y publicando los dos años que le quedaban de vida y, de hecho, no fue directamente condenado, ni tampoco sus libros. En julio de 1909, sufrió un ataque de hemiplegia que acabó con él en nueve días (Goichot, 2002, p. 101-105, habla del mal de Bright, una especie de

nefritis crónica). Entonces, Miss Petre telegrafió a Bremond y éste acudió enseguida junto al lecho de su amigo. Entre tanto, como Tyrrell no se había retractado y la enfermedad le impedía expresarse, el obispo de Southwark prohibió que ningún sacerdote de la zona lo asistiese, pero, al fin, bajo palabra de von Hügel de que se había retractado, un sacerdote le dio la absolución *sub conditione* y la extremaunción. No obstante, cuando llegó Bremond, fue éste quien lo atendió, le habló y tranquilizó, y le volvió a dar la absolución.

A Tyrrell se le negaron las exequias católicas pese a pedir las insistentemente Bremond y Miss Petre. Entonces, se le enterró en el cementerio de la parroquia anglicana de Storrington, que estaba muy próxima. Lo acompañó un grupo de amigos católicos y anglicanos. Tyrrell era de origen anglicano pero, con dieciocho años, se había convertido al catolicismo y entrado jesuita. Después había hecho de puente entre las dos confesiones. Tanto en la casa de Miss Petre, donde se había alojado al final y donde murió, como luego en el cementerio, Bremond, de clergyman, sin ningún revestimiento ni signo litúrgico católico, pronunció unas palabras. Después, rogó que los demás lo acompañasen en silencio. Pasados tres días del entierro, le llegó a Bremond la suspensión «a divinis» del obispo de Southwark, ratificada después por el de Aix (donde él estaba adscrito) y por Merry del Val en nombre de la Santa Sede. Sólo se le levantó la suspensión al cabo de seis meses, previa sumisión formal a los dos documentos pontificios de condena del modernismo.

Por estas fechas, Bremond ya trabajaba en la *Historia del sentimiento religioso*, a la que alude Légaut. En dicha obra se concretó su vocación, que no era ni la filosofía ni la teología ni la crítica literaria sino «*la psicología concreta, aplicada a las almas trabajadas por Dios*», en palabras de Blanchet conformes con lo que Blondel le había dicho a Bremond quince años antes. En 1897, en efecto, le escribía: «Usted debe y puede hacer mucho bien en el sentido de un “apostolado psicológico”, basado en un conocimiento (...) cercano a la experiencia íntima y a la ascética de los místicos» (ver: André Blanchet, *Henri Bremond*, París, Aubier-Montaigne, 1975, p. 269 y p. 89). El librito de Bremond sobre Loisy, publicado en 1931 bajo el pseudónimo de Sylvain Leblanc, es de este tipo de «psicología concreta» (En la

«Suma de poquedades», publicamos las palabras de Bremond en el entierro de Tyrrell; algo sobre Miss Petre del P. Blanchet y unas páginas de Bremond-Leblanc).

Nota 12

Sobre la organización de “La Sapinière”, ver la nota 4 de la Presentación. Sobre Lagrange y Batiffol, ver Goichot, 2002, p. 37-38 y Poulat, 1962, p. 327-351. Goichot observa: «según una regla común, los más hostiles serán los más cercanos». Tal fue el caso de los adversarios “progresistas” de Loisy. Lagrange y Batiffol, decididos como Loisy a renovar las ciencias religiosas según las exigencias de los nuevos métodos, temían ver en peligro su propio intento debido a las temeridades y radicalizaciones de éste. Por eso procuraron que no los confundieran con él, por lo que lo criticaron con vigor, aunque esto no les impidió ser objeto de sospecha y, desde luego, debilitó al propio Loisy, tal como se ve en la entrevista que cuenta con el cardinal Richard en un fragmento de *Choses passées* que transcribimos en la «Suma».

Algo parecido sucedió también con Blondel, al principio cercano a Loisy pero que luego se fue alejando de él, en parte con razón pero en parte también por su carácter prudente y por la influencia de otros. Asimismo Laberthonnière, pese a su amistad con Blondel, tuvo que aceptar, «no sin sufrimiento», que el P. Wehrlé, cercano a Blondel, lo criticase en algún artículo para salvaguardar a Blondel (que llamaba a Wehrlé “Bonaerjes II”). Asimismo tuvo que aceptar que el P. Valensin, amigo sobre todo de Blondel, apenas le nombrase en su artículo «Inmanencia» del *Diccionario apologético*, publicado en 1912. Todo ello no hacía sino presagiar las sanciones de 1913 y dejarlo debilitado ante ellas. La salud y el equilibrio psicológicos de Laberthonnière se resintieron en aquellos años y circunstancias pese al desahogo que encontraba en hacer pequeños trabajos de madera en un tallercito que tenía (AA. VV., *Laberthonnière. L’homme et l’oeuvre*, París, Beauchesne, 1972, p. 28-29. En la «Suma...» citamos algunos fragmentos de Blondel que critican los procedimientos indignos de los superortodoxos; así como una carta de Blondel a Laberthonnière y algunos fragmentos de éste).

Nota 13

Légaut cita otras veces esta frase atribuida a Jesús: «mis palabras no pasarán». Légaut entiende esta frase como expresión de una “infallibilidad” de fondo del núcleo auténtico del cristianismo, pues éste, a pesar de todo, es «de Dios» y lo ofrece al mundo (ver: *Mutation de l'Église et conversion personnelle*, París, Aubier, 1975, p. 156, y, *Cuadernos de la diáspora* 12, Madrid, AML, mayo 2001, p. 14). Hans Küng cita, en este mismo sentido de una infallibilidad de fondo del cristianismo, las sabias palabras de Gamaliel en Hechos, 5, 38 y ss. (ver: *El cristianismo. Esencia e historia*, Madrid, Trotta, 1997, p. 799, al final de «No hay epílogo»).

Nota 14

Ver, más arriba, las citas de la nota 4. Podemos añadir una cita más. Es de Louis Canet, diplomático, amigo y editor póstumo de las obras del P. Laberthonnière:

Algunos todavía recuerdan haber escuchado al cardenal Verdier prometer a Laberthonnière una suerte semejante [a la de san Juan de la Cruz]: «Tengan paciencia [les decía a quienes abogaban por Laberthonnière]. *Así que pasen veinte años, se le contará entre los Padres de la Iglesia*».

San Juan de la Cruz, en efecto –pero no al cabo de veinte años sino de tres siglos–, fue declarado Doctor de la Iglesia en 1926, a pesar de haber padecido persecución durante algunos períodos de su vida por gentes de Iglesia (ver Louis Canet, Introducción a: L. Laberthonnière, *La notion chrétienne d'autorité*, París, Vrin, 1955, p. 50. Canet cita, en esta misma página, el pensamiento 598 (ed. Lafuma) de Pascal, sobre Atanasio y santa Teresa, que incluimos en la «Suma de poquedades»).

En 1922-3, Blondel abogó ante el cardenal Mercier para que éste abogase a su vez en Roma para que levantasen la sanción de Laberthonnière. Lo mismo hizo Portal en las Conversaciones de Malinas. El intento del cardenal fracasó, pero las palabras de Blondel en aquella ocasión fueron éstas:

«Tarde o temprano se conocerá íntegramente la obra del P. Laberthonnière: dicha obra –creo poder atestiguarlo con conocimiento de causa– se verá como más grande, más fuerte y más profundamente filosófica y cristiana que la de un Malebranche o la de un Newman» (Blondel-Laberthonnière, *Correspondance philosophique*, París, Seuil, 1961, p. 320-324; ver el texto completo en la «Suma de poquedades»).

Nota 15

Esta explicación de Légaut sobre las circunstancias de la publicación de sus tomos I y II, sobre los que podía sobrevenir una condena, nos permite comprender mejor el alcance de su «Advertencia» del comienzo de *Reflexión sobre el pasado y el porvenir del cristianismo*, Madrid, 1999, p. 17-18. Dicha Advertencia versa sobre el error, y resalta la diferencia entre el error de un intelectual y el de un hombre de fe. Es, sin duda, una Advertencia vigorosa, que rompe esquemas, inquietante para un lector no avisado. Sin embargo, por esto mismo es eficaz. Ocurre igual con la «Introducción» a *El hombre en busca de su humanidad*, en la que Légaut avisa al lector de las precisiones necesarias para abordar su obra, que no es como la de un teólogo de oficio; que no presenta una doctrina ni una creencia sino un itinerario de fe. Légaut no fue sancionado. Según él, quizá fue por ser laico; y recordaba que von Hügel tampoco fue sancionado pese a serlo sus mejores amigos (ver, más arriba, la Nota 5).